

“Una rara relación jesuita (Valladolid, 1606) sobre seis mártires nobles japoneses”

Jorge Mojarro*

Research Center for Culture, Arts, and Humanities (RCCA),
University of Santo Tomas, Manila, Philippines

Introducción

La historiografía occidental que ha tratado la presencia de los misioneros europeos durante el denominado “siglo cristiano” en Japón ha prestado una atención central a todo aquello relacionado con las actividades de los jesuitas, las interferencias de ingleses y holandeses, el comercio y las órdenes mendicantes, por este orden. Los investigadores pertenecientes a las corporaciones religiosas, al tratar el fenómeno de los martirios, se han ocupado principalmente de sus propios mártires -sus biografías y las fuentes. El estudio, más reciente, del género de las relaciones de martirio, muestra que los cronistas de las órdenes, o los encargados de escribir los testimonios -cartas, relaciones, informes- otorgaban todo el protagonismo a los misioneros, descritos casi siempre como individuos que no sólo asumían la condena a muerte y las innumerables y espantosas torturas con entereza y estoicismo, sino con la alegría de saber que estaban muriendo como mártires -es decir, la mejor de las muertes posibles.¹ Esta atención desmedida que han gozado los mártires religiosos en Japón en las fuentes europeas no se corresponde

* Jorge Mojarro can be contacted at jorge.mojarro@ust.edu.ph. <https://orcid.org/0000-0002-1949-8289>.

¹ Alejandro Cañeque, *Un imperio de mártires. Religión y poder en las fronteras de la Monarquía Hispánica*. Madrid: Marcial Pons, 2020; Rady Roldán-Figueroa, *The Martyrs of Japan. Publication History and Catholic Missions in the Spanish World (Spain, New Spain, and the Philippines, 1597–1700)*. Leiden/Boston: Brill, 2021.

con la realidad estadística,² pues durante aquellos años de inmisericorde persecución por parte de las autoridades japonesas la inmensa mayoría de los martirios fueron padecidos precisamente por los cristianos japoneses. Las relaciones de martirio rara vez mencionan los nombres de estas personas comunes, que parecen tener en estos textos una función casi subsidiaria, en tanto que servían para demostrar el éxito de la actividad misionera en Japón: no sólo se estaba produciendo un gran número de conversiones, sino que estos nuevos siervos de Dios se habían comprometido con la fe hasta las últimas consecuencias. Por esta misma razón, la relación que aquí rescatamos es de sumo interés: narra los martirios de seis nobles japoneses, sin que en su trágico devenir ningún misionero europeo tenga el más mínimo protagonismo.

Tuve noticia por primera vez de la existencia de la *Relación del martyrio que seis christianos nobles padecieron en el Iapō, en el Reyno de Fingo, por causa de nuestra Sancta Fee Catholica* (Valladolid, 1606) gracias un correo de la doctora Barbara Crostini (Newmaninstitutet, Uppsala), recibido en marzo de 2022.³ En dicha comunicación, su autoría se atribuía al padre Luís de Cerqueira, quien fue obispo de Japón entre 1598 y 1614. En mis pesquisas, encontré que aquel mismo año se publicó un libro atribuido al mismo religioso con el título *Relación de seys illustres martyres que padecieron martyrio en el Japón [...]*. Valencia: Juan Crisóstomo Garriz, 1606,⁴ aunque parece no haber sobrevivido ningún ejemplar. Dado que ni las bibliografías ni los catálogos en línea nos prestaban información alguna, recurrimos a la monumental bibliografía de Robert Streit, donde al fin hallamos la referencia que buscábamos y la localización de un ejemplar en la biblioteca de la Universidad de Gottingen.⁵ La entrada, además, informa de otra edición el mismo año en Toledo, de la cual no hemos hallado copia. No menciona, curiosamente, que hubo una edición valenciana, pero sí que al año siguiente se publicaron traducciones al francés (Lyon), al italiano (Roma, Fermo y Parma-Bolonia) y al alemán (Münster), mientras que en 1609 vio la luz una traducción al flamenco (Amberes).⁶ Así mismo, se indica que el impreso español se deriva de una carta manuscrita del mismo Cerqueira, fechada en Nagasaki el 25 de enero de 1604, con el título “Relação da morte de seis christãos

² Juan G. Ruiz de Medina, *El martirologio del Japón, 1558-1873*. Roma: Institutum Historicum Societatis Iesu, 1999.

³ Trataba de hallar algunas referencias para corregir el artículo póstumo de una colega recientemente fallecida.

⁴ Roldán-Figueroa, *The Martyrs of Japan*, 268.

⁵ Robert Streit, *Bibliotheca Missionum*, Vol. 5. Aachen: Franziskus Xaverius Missionsverein, 1929, p. 381 (#1037).

⁶ Streit, *Bibliotheca*, 384-385.

japões padeceram pela fe de Christo...”, localizada hoy en el archivo de Torre de Tombo,⁷ de la que se debieron hacer copias que circularon por la Europa católica.⁸

El autor del impreso fue el jesuita Juan de Mosquera (1555-1610), quien entró en el noviciado de la Compañía en Perú en 1581, donde llegó a conocer a José de Acosta. Vuelto a España en 1588, marchó a Roma en 1592 para trabajar de copista para el padre Claudio Acquaviva, superior general de los jesuitas, hasta 1596. Su labor como escritor y traductor se inició precisamente durante estos años, en los que envió a la imprenta de Rodrigo de Cabrera en Sevilla en torno a una docena de breves relaciones sobre las guerras del Príncipe de Transilvania, erigido en defensor en Europa de la frontera oriental de la cristiandad contra el Gran Turco. Estas relaciones eran en realidad traducciones y adaptaciones del italiano.⁹ De estas misma lengua también tradujo al español una *Relacion de la señalada y como milagrosa conquista del paterno imperio, conseguida del serenissimo principe Iuan Demetrio, gran duque de Moscouia, en el año de 1605* que se publicó en Valladolid en la imprenta de Andrés de Marchán.¹⁰ Su última obra, salida de la misma imprenta, es la relación que nos ocupa,¹¹ que debe entenderse así mismo con una traducción y adaptación del original portugués: el padre Juan de Mosquera organiza el material de la carta continua de Cerqueira en once capítulos, elidiendo algunas partes superfluas y poniendo algo de su propia cosecha, aunque en gran parte del texto lleva a cabo una traducción casi literal.

La presente relación consta de una breve dedicatoria al Conde de Haro, Juan Fernández de Velasco y Tovar (1550-1613), a quien Juan de Mosquera debió conocer en Italia, pues fue gobernador del Milanesado en tres ocasiones (1592-1595; 1600; 1610-1612). Este noble y diplomático, hombre de gran cultura, también se interesó por los asuntos misioneros en Asia y escribió una *Invectiva contra el Maestro Mendoza y su Historia de la China* (1585), “mordaz crítica” a la *Historia del gran reino*

⁷ Se encuentra digitalizado en el siguiente enlace: <https://digitarq.arquivos.pt/viewer?id=3909679> [Último acceso, 6 de marzo de 2023]. De esta carta no se hace mención alguna en su única biografía: Ir. Inácia Rumiko Kataoka, *A vida e a acção pastoral de D. Luís Cerqueira S.J., bispo do Japão (1598-1614)*. Macau: Instituto Cultural de Macau, 1997.

⁸ Streit da a entender que las traducciones a otras lenguas europeas partieron del texto español de Mosquera. Sin embargo, hemos consultados dos de las ediciones italianas (Bolonia-Parma, 1607; Fermo, 1607), y ambas son algo más largas y no están dividida en capítulos, lo cual indicaría que la traducción se hizo desde el original portugués, como se indica las portadas.

⁹ J. E. de Uriarte, *Catálogo razonado de honras anónimas y seudónimas de autores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua asistencia española [...]*, vol. II, Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1904, le atribuye la traducción de al menos once relaciones.

¹⁰ La licencia está dada el 20 de mayo de 1606. La imprenta funcionó de 1593 a 1608.

¹¹ La licencia está dada el 28 de julio de 1606.

de la China (1585), del agustino Juan González de Mendoza.¹² Así pues, poseía el perfil de los personajes ilustres a quienes por costumbre se solicitaba benevolencia y protección en las obras impresas durante aquel siglo.

El impreso continúa con once capítulos -que en el original van erróneamente enumerados como diez debido a una repetición- que van narrando la progresión de los sucesos: desde los problemas que dieron lugar hasta la persecución de los cristianos a la conversión última del verdugo. El origen de los martirios que refieren con detalle tiene un origen político que la *Relación* regatea al lector en el primer capítulo: el alzamiento de algunos daimios locales, muchos de ellos cristianos, entre ellos el bautizado como don Agustín (Konishi Yokunaga), contra el nuevo sogún Dayfusama (Tokugawa Ieyasu), nombrado en enero de 1603. Como consecuencia de la derrota en la batalla de Sekigahara (octubre de 1600), “don Agustín rehusó el harakiri y fue degollado, y así sus compañeros; sus señoríos los repartió el vencedor entre sus parciales, o los tomó para sí; y naturalmente las cristiandades que en ellos había fueron devastadas con destierros, confiscaciones y muertes.”¹³ De ser así, la carta de Sequeira, base de la *Relación* de Mosquera, habría reducido a una cuestión de edicto y persecución, como una réplica de lo ocurrido en 1589, lo que en verdad eran represalias tras una revuelta política interna.

Los siguientes capítulos refieren el modo en que los cristianos japoneses fueron requeridos para abandonar la fe cristiana a cambio de salvar la vida: en el capítulo II, a Juan se le intenta convencer a través de diferentes torturas hasta que sus verdugos, cansados, optan por decapitarle. A Simón es un amigo, gobernador local, y un grupo de apóstatas quienes tratan de convencerlo para que abandone la fe, en vano (cap. III), y son su mujer y su madre quienes lo animan con felicidad a sufrir martirio y a que se mantenga fuerte durante los sufrimientos (cap. IV). Los siguientes mártires son doña Juana, madre de Simón; doña Inés, esposa de Simón; Magdalena, esposa de Juan, y Luis, un hijo adoptado por éstos de tan sólo siete años. Todos reciben con alborozo la noticia de la pena de muerte y se preparan con emoción para el martirio vistiendo, como nobles, las mejores ropas, pidiendo que las amarren en la cruz con mayor fuerza, animando a los verdugos en su trabajo y rezando continuamente, con

¹² Diego Sola, *El cronista de China. Juan González de Mendoza, entre la misión, el imperio y la historia*. Barcelona: Edicions Universitat de Barcelona, 2018, p. 257.

¹³ Constantino Bayle, SJ, *Un siglo de cristiandad en el Japón*. Barcelona: Labor, 1935, pp. 103-104. Véase también Maria Grazi Petrucci, *In the name of the father, the son and the islands of the Gods: a reappraisal of Konishi Ryusa, a merchant, and of Konishi Yukinaga, a Christian samurai, in sixteenth-century Japan*. Vancouver, University of British Columbia, 2005 (unpublished master thesis: <https://open.library.ubc.ca/soa/cIRcle/collections/ubctheses/831/items/1.0092484> [last accessed, March 7, 2023]).

claras muestras de alegría a pesar del padecimiento físico, hasta el último suspiro. Los martirios son contemplados con admiración por la población y muchos cristianos, a escondidas, logran conseguir pedazos de los cuerpos de los mártires para llevarlos como reliquias a las iglesias y conventos de los jesuitas.

Estas muertes, completamente ritualizadas en el discurso de Mosquera, adornado de detalles y anécdotas que inciden en la integridad de la fe de los condenados, no quedan tan sólo como prueba de la fuerza que el cristianismo tenía en tierras niponas y narración testimonial de seis nobles almas salvadas. Su ejemplo de perseverancia y entrega en la más extrema adversidad da asimismo frutos inmediatos – nuevas almas salvadas-, como la petición de conversión de uno de los verdugos, convencido por la manera modélica en que sus condenados se entregaron a la muerte, que viene a cerrar la *Relación* a modo de colofón con una lección moral: personas virtuosas que se sacrifican de este modo por una fe no pueden estar equivocadas.

El mensaje que el obispo Cerqueira -y activos propagandistas como Mosquera- se apresuró a enviar en aquella carta seminal que la labor misionera estaba dando frutos entre la gente de más calidad -los nobles- de Japón. La diseminación de la historia de estos martirios en Europa a través de la imprenta estaba diseñada para causar impacto y admiración entre el público lector europeo, y las muchas e inmediatas traducciones son prueba del esfuerzo que los jesuitas pusieron en dar a conocer este curioso y significativo capítulo de sus vicisitudes misioneras en las tierras que visitara por primera vez Francisco Xavier. Debe subrayarse, además, que en nuestra *Relación* no interviene ningún miembro de la Compañía ni aun para asistir a los mártires en los peores momentos: son estos cristianos japoneses quienes acaparan, excepcionalmente, todo el protagonismo.

Esta *Relación del martirio que seis christianos nobles padecieron en el Iapō, en el Reyno de Fingo, por causa de nuestra Sancta Fee Catholica* de Juan Mosquera es un impreso de gran interés y originalidad del que tan sólo se conoce, como hemos comentado anteriormente, el ejemplar de la biblioteca de la Universidad de Gottinga. Se transcribe modernamente y actualizando la puntuación, con el modesto propósito de contribuir a la conservación del texto y a su mejor conocimiento entre los estudiosos de las relaciones de martirio y de las misiones cristianas en Japón.^{PS}



**RELACIÓN DEL MARTIRIO QUE SEIS CRISTIANOS
nobles padecieron en el Japón, en el reino de Fingo,
por causa de nuestra santa fe católica**

Sacada de unas cartas que don Luis Sequeyra, obispo del Japón, escribió desde Nagasaki, su fecha a 25 de enero del año de 604, las cuales se recibieron en España este de 1606

Por Juan Mosquera, religioso de la Compañía de Jesús

Dirigida al Conde de Haro, & c

En Valladolid, año de 1606.

Con licencia, en casa de Andrés de Merchán



Fig. 1.

Portada del único ejemplar conocido de la Biblioteca de la Universidad de Gottingen.

LICENCIA

El doctor Juan Bautista de Agüero, provisor y vicario general en el obispado de Valladolid por el ilustrísimo señor don Juan Bautista de Acevedo,¹⁴ patriarca de las Indias, obispo de dicho obispado, inquisidor general, & c. Damos licencia para que por esta vez el padre Juan de Mosquera, religioso de la Compañía de Jesús, pueda hacer imprimir esta relación y cartas de las cosas acontecidas en los reinos de Japón, atento que no contienen cosa que no sea enderezada a la gloria y honra de Dios, nuestro Señor, y edificación de sus siervos. Dada en Valladolid a 28 de julio de 1606.

El doctor Agüero

Al Conde de Haro, que Dios guarde muchos años.

De algunas cartas que este año de 1606 han venido de los reinos de Japón, de cosas admirables y de gran edificación y consuelo que en aquellas partes nuestro Señor obra en aquella nueva iglesia y cristiandad, saqué el martirio de seis cristianos ilustres en la sangre, pero ilustrísimos por la que derramaron por Cristo, nuestro Señor, en uno de los reinos de aquella monarquía por causa de nuestra santa fe católica, con maravilloso ánimo, fe y gran constancia, el cual, por una parte, estaba determinado de dedicarle a V. S. para su entretenimiento, mientras los dolores de la penosa enfermedad de V. S. le daban lugar para leerlo, pero por otra me pareció que había mucha distancia de la pequeñez de este librito a la grandeza de V. S., y así confieso que no me atrevía por no ser notado de inconsiderado, y aun por ventura de atrevido, aunque a la verdad en la sustancia es grande, y muy grande la materia de que trata. Mas por otra parte, viendo que podía ser de algún alivio y consuelo la lectura de esta pequeña historia del glorioso martirio de estos dichosos caballeros de Jesucristo a quien padece uno tan largo y prolijo, como V. S. con la larga enfermedad con que nuestro Señor, en esta vida, prueba y purifica a V. S. para por este medio premiar su paciencia en la eterna, pues es tan justo y recto que ninguna obra buena deja sin paga, ni mala sin castigo, me pareció podía ofrecer este mi pequeño trabajo a V. S., a quien humildemente suplico no repare tanto en la cosa que se le presenta, cuanto al efecto y voluntad con que se ofrece. Pues esta sola consideración basta para ser premiado de Artajerjes,¹⁵ aquel persiano que le dio un poco de agua. Y Cristo, nuestro Señor, alabó la piedad de la pobre mujer que ofreció su cornadillo en el templo. Y aunque este librito en la cantidad es pequeño, es grande y precioso en el sujeto que trata, porque más valor tiene un granito de fino oro que una libra de vil cobre.

Considerando, pues, yo todo esto, y conociendo en V. S. su santo celo, devoción y piedad cristiana, me he animado a ofrecer a V. S. el martirio de estos santos a quien V. S. puede

¹⁴ Juan Bautista Acevedo (1555-1608) fue, como indica el texto, un importante hombre de estado: obispo de Valladolid (1601-abril de 1606), inquisidor general (1603-1608) y patriarca de las Indias (enero de 1606-julio de 1608).

¹⁵ Artajerjes I fue rey del imperio aqueménida desde el 465 hasta el 424 a. C. Aparece en el Libro de Esdras.

tener por abogados en el cielo para que por su intercesión alcancen de Dios, nuestro Señor, por el cual tan gloriosamente dieron sus vidas, una muy larga a V. S. en su santo servicio, con la salud tan entera y con tanto contento quanto en esta Compañía de Jesús se le suplica y yo deseo, como tan obligados al servicio de V. S. y de su excelentísima casa. De esta profesora de Valladolid, postrero de julio de 606.

De V. S. siervo en el Señor
Juan Mosquera

Cap. 1. De una terrible persecución que se levantó en el reino de Fingo¹⁶ contra los cristianos, y cómo el rey mandó publicar un riguroso edicto contra ellos.

Cosa muy sabida es ya, en nuestra España, por las muchas y varias relaciones que de las cosas del Japón a ella han venido, escritas por los padres de la Compañía de Jesús que residen en aquellas remotísimas partes, y así mismo por los libros que de esto andan impresos,¹⁷ los muchos y fervorosos cristianos que hay en aquellos reinos; las calamidades, persecuciones y trabajos que por causa de nuestra santa fe han padecido; la constancia, valor y maravilloso ánimo que muchos caballeros de Jesucristo, nuestro Señor, han mostrado en semejantes ocasiones; el ánimo y esfuerzo con que han ofrecido en ellas con pronta voluntad no sólo los estados, reinos, hacienda, honra, y todo cuanto más tenían, pero aun la misma vida. De esto tenemos ahora un raro y maravilloso ejemplo de dos caballeros, juntamente con el de sus mujeres y un niño, los cuales eran mozos y en lo más florido de la edad, ricos de bienes de la tierra, caducos y percederos, pero mucho más ricos de los interiores y eternos, que nunca se acaban. Eran ambos casados con mujeres de su calidad y cristiandad, fervorosos en la vida cristiana, ejemplares en sus obras y muy compuestos en sus personas y acciones; vivían sin queja ni reprehensión una vida de buenos y santos cristianos, dándoles Dios en el cielo y en la tierra el premio de estas virtudes con la corona de un glorioso martirio, como se verá en el discurso de la historia.

También es a todos muy notorio que esta gran monarquía del Japón encierra en sí muchos y muy principales reinos, en los cuales por la misericordia de nuestro Señor

¹⁶ Bingo, era uno de los feudos gobernados por daimios en los que se dividía Japón a principios del siglo XVII. Hoy forma parte de la prefectura de Hiroshima, al sur de la isla de Honshu, la principal del archipiélago.

¹⁷ Es difícil saber a qué relaciones y libros se está refiriendo exactamente, pues los jesuitas publicaban numerosas cartas anuas (*letterae annuae*). La obra más importante de la Compañía durante aquellos años es sin duda *Historia de las misiones que han hecho los religiosos de la Compañía de Jesús...* (Madrid, 1601, 2 vols.), de Luis de Guzmán. También los franciscanos aprovecharon el gran martirio de Nagasaki (febrero de 1597): *Historia de las islas del archipiélago y reynos de la Gran China, Tartaria, Cuchinchina, Malaca, Sian, Camboxa y Jappon...* (Barcelona, 1601) de Marcelo de Ribadeneira, y *Relación del Martirio que seys Padres Descalços Franciscos, tres Hermanos de la Compañía de Jesús y dieciséte japones cristianos padecieron en Iapón* (Madrid, 1599; Roma 1599; Nápoles, 1600; Madrid, 1601).

hay innumerables cristianos, y cada día de nuevo se convierten otros muchos, con su ejemplo, de la vana superstición de la idolatría a nuestra católica y verdadera fe y religión cristiana, y en ella perseveran como buenos y fieles cristianos. Entre otros reinos, pues, que hay en el Japón principales, es uno el de Fingo, rico y abastado de lo necesario a la vida humana, pero mucho más de verdaderos y buenos cristianos, en el cual hay un gran número de ellos, tanto que el año de 1601 en sola la residencia de Uto,¹⁸ en la cual residen algunos padres de la Compañía de Jesús, se hallaron diecisiete mil cristianos bautizados por ellos, los cuales de muchos años a esta parte perseveran con gran constancia en la fe recibida en el santo bautismo.

De este reino de Fingo fue rey y señor el valeroso y esforzado caballero don Agustín, el cual con su virtud y raro ejemplo de vida ayudó mucho a la propagación del santo evangelio en aquel su reino, favoreciendo y amparando a los cristianos de él, oponiéndose a su defensa como firme escudo de sus vasallos, de suerte que era la columna de aquella cristiandad; el cual no fue menos señalado en estas cristianas virtudes que en el valor militar de su persona, dando en lo uno muestras de valeroso y esforzado capitán, y en lo otro ejemplo grande de su piedad y celo cristiano, desde que recibió el santo bautismo hasta la hora postrera de su dichosa muerte. Ganó insignes victorias y trofeos en servicio del emperador Taycosama,¹⁹ siendo su capitán general en la guerra del rey de Coray²⁰ y en otras, como en la historia del Japón que el año pasado se estampó se dice, hasta que Daycosama,²¹ que ahora reina tiránicamente, se alzó con el imperio y monarquía del Japón y privó a don Agustín de la vida y del reino de Fingo el año de 1601 por ser leal y fiel y no querer acostarse a su tiranía. Dio luego el tirano este reino de Fingo a Causuisi, un caballero gentil, acérrimo perseguidor de los cristianos, el cual viéndose señor absoluto de este reino y que en él había muchos y constantes cristianos, acordó de perseguirlos hasta la muerte, levantando una terrible persecución contra ellos, tanto más brava y espantosa, cuanto él era más cruel y terrible.

Para comenzarla hizo luego publicar un edicto suyo impío y cruel por el cual, so graves penas de perdimiento de bienes y vidas, ordenaba que todos los cristianos de su reino, de cualquier calidad, estado y condición que fuesen, renegasen públicamente de Cristo, nuestro Señor, y de su santísima fe y ley, jurasen de nunca más volver a ella, lo cual firmasen de sus nombres. Y para más firmeza y autoridad de su mandato, hizo venir a uno de sus bonzos, a los cuales venera y respeta como a cosa sagrada y como a predicadores de su vana superstición e idolatría. Y no contento con esto, mandó así mismo, so las mismas penas, que todos los que renegasen de la fe cristiana añadiesen al juramento una

¹⁸ Uto, en la isla de Kyushu, donde los jesuitas habían desplegado una gran actividad evangelizadora desde su llegada.

¹⁹ Así se menciona en las fuentes españolas al importante daimio Toyotomi Hideyoshi (1537-1598), conocido por haber llevado a cabo la unificación de Japón, pero quien no era emperador ni sogún.

²⁰ Este daimio cristiano lideró las guerras de Corea (1592-1596) al servicio de Hideyoshi.

²¹ O Daycosama, modo en que las fuentes españolas denominaban al sogún Tokugawa Ieyasu.

nueva ceremonia y superstición, la cual habían de hacer en manos de este bonzo, y era que pusiesen sobre sus cabezas un libro de sus abominaciones e idolatrías para con este acto dar testimonio [de] que de veras se volvían a su antigua y abominable secta. Este edicto se publicó con grande atruendo y aparato, y con no poco temor y espanto de los flacos, de lo cuales algunos, como tales, obedecieron al cruel edicto del tirano por que no ejecutasen en ellos la rabia de su dañada y perversa intención.

Cap. 2. De la constancia de un caballero cristiano llamado don Juan, y cómo fue preso y muerto por la fe católica, no queriendo obedecer al edicto del rey.

Entre los cristianos que más se señalaron en esta persecución, resistiendo al tirano valerosa y constantemente hasta dar las vidas por la guarda de la fe y ley de Cristo, nuestro Señor, fueron dos particularmente, los cuales eran columnas y amparo de toda la cristiandad de este reino después que murió don Agustín. El uno se llamaba don Simón y el otro don Juan. Este caballero era de edad de 35 años, natural del reino de Xamato,²² casado con una señora principal llamada doña Magdalena, de edad de 33 años, natural del reino de Teunocumi, tan virtuosos, firmes y buenos cristianos como de su vida y muerte se colige. Vivían con raro ejemplo de vida y dábanlo en todas sus acciones a los demás cristianos. Eran píos y muy devotos, y aficionados a las obras de caridad y misericordia, en las cuales se empleaban muy a la continua, y así eran de todos muy amados, y aún de los mismos gentiles. No tenían hijos que les sucediesen, pero no les daba esto pena, porque sabían que nuestro Señor los da a quien es servido cuando quiere y como le place, y así acordaron los dos, de común consentimiento y voluntad, de prohijar [a] un sobrino de la doña Magdalena, hijo de un hermano suyo, de edad [de] siete u ocho años, al cual en el bautismo llamaron Luis. Criábanle como a tal, y como de veras eran virtuosos y tan siervos de nuestro Señor, enseñábanle las cosas de nuestra santa fe y las virtudes cristianas con particular cuidado y diligencia, y el niño las tomaba tan bien y gustaba tanto de las cosas de Dios, nuestro Señor, que bien parecía le tenía su divina majestad guardado para darle la corona de su mártir glorioso en tan tierna edad, como adelante se dirá.

Tenía el rey de Fingo cometida la ejecución de este cruel mandato a tres gentiles, que eran sus gobernadores en aquel reino, los cuales en la prosecución de la observancia de él hacían muchas diligencias apretando a los cristianos a que, de fuerza o de grado, le obedeciesen, so pena de ejecutar en ellos el rigor del edicto, mas en algunos hallaban brava resistencia, aunque otros flacos blandeaban. Pero el que más se señaló en esto fue este caballero llamado don Juan, al cual prendieron por esta causa, apretándole grandemente a la guarda y cumplimiento del inicuo mandato. Mas como la virtud de suyo es amable, los gobernadores (con ser gentiles) le amaban de manera que deseaban sumamente

²² Provincia de Yamato, al sur de la isla de Honshu, la principal del archipiélago.

hallar camino para salvarle la vida, y así le enviaron un recaudo a la cárcel donde estaba pidiéndole encarecidamente gustase de rendirse a la voluntad de su rey y le diese aquel contento, porque sabían le recibiría muy grande si, dejada la fe y religión cristiana, se redujese y tornase a la ley y ceremonias de sus antepasados, y que ellos le amaban tanto que no deseab[a]n otra cosa por no ser forzados (si lo contrario no hiciese) a ejecutar en él las penas que estaban establecidas en el edicto del rey contra los transgresores de los mandatos reales.

No se turbó el buen don Juan con las amenazas, ni menos se ablandó con los ruegos y ofrecimientos; antes con un ánimo más que humano y una determinación heroica de verdadero cristiano, les respondió con ánimo y libertad cristiana que no se cansasen en persuadirle que dejase la ley de Cristo, nuestro Señor, que por su misericordia había recibido en el santo bautismo, porque les hacía saber con resolución inmutable que aunque por espacio de veinte días o los más que ellos quisiesen le fuesen arrancando las uñas de los pies y de las manos, y le partiesen su cuerpo en menudos pedazos, y le diesen cuantos tormentos inventase la crueldad diabólica, no dejaría la fe y religión cristiana que profesaba y pensaba guardar hasta la muerte, por la cual si mil vidas tuviera, tantas diera, porque sabía y estaba muy cierto que no había otra ley en que los hombres se pudiesen salvar sino la de Cristo, nuestro Señor, que era la verdadera.

Recibida esta determinada y resoluta respuesta de don Juan por los gobernadores, determinaron llevar este negocio por fuerza, para lo cual le mandaron llevar en casa del bonzo, adonde le pretendían hacerle hacer la ceremonia de poner el libro de la secta gentilicia sobre la cabeza, como el rey lo mandaba. Sabido esto por su santa mujer, doña Magdalena, le dijo cuando le llevaban que mirase bien lo que hacía y que no se dejase engañar de aquella gente que pretendía pervertir su cristiana determinación haciéndole apostatar de la ley y fe recibida; que le hacía saber que si tal hacía y no era constante en lo comenzado, que ella se embarcaría luego y se iría fuera de aquel reino, y que no sería más su mujer ni más la vería en toda su vida. “No permita Dios, hermana mía amantísima, dijo don Juan, que tal traición cometa; estad cierta que seré hasta la muerte el que siempre fui, y vengán los tormentos, venga el cuchillo y la espada, que nada me apartará de la religión y fe cristiana que una vez recibí.”

Llevado, pues, en casa del bonzo, cumplió muy bien lo que había prometido a su amada mujer y nunca por fuerza ni de grado pudieron acabar con él que obedeciese a lo que le era mandado; antes, despreciando la vana superstición de la idolatría con un ánimo intrépido, se ofreció a la muerte por conservar la fe inmaculada y la católica religión. Visto que nada aprovechaba con este caballero y que era cansarse en balde, acordaron los gobernadores no gastar más tiempo en palabras y así, viniendo a las obras, le sentenciaron a muerte, la cual ejecutaron en él cortándole la cabeza a los ocho de diciembre, fin del año de 1603, la cual él dio de muy buena gana, y con alegre semblante

ofreció su vida a su creador con gran paciencia y alegría extraordinaria. La misma recibió su mujer cuando supo que su santo marido había acabado tan constantemente, deseando ella grandemente dar la suya por tan justa causa, y cumpliolo Dios muy presto sus deseos, como adelante se dirá.

Cap. III. Cómo los gobernadores determinaron pervertir a otro caballero cristiano llamado don Simón, y lo que sobre esto hicieron, y la constancia y fortaleza de ánimo con que resistió y respondió a su demanda.

Proseguían los gobernadores en la ejecución del edicto y estaban resueltos de dar la muerte a otro caballero muy principal y gran cristiano llamado don Simón, de edad de 35 años, natural del reino de Amagiro, si no obedecía a lo que el rey mandaba, el cual era casado con una señora muy principal y grande cristiana, llamada doña Inés, de edad de 30 años. Tenía este caballero consigo a su madre, mujer ya anciana y tan virtuosa y buena cristiana como el hijo. Era de edad esta señora ya de 55 años, y ella y su nuera eran naturales del reino de Hixen, muy conformes en la vida y santas costumbres, y como tales padecieron también martirio en esta persecución, como se dirán en su lugar.

Tenía don Simón a su cargo una fortaleza que el mismo tirano le había encomendado para que la guardase y fuese como gobernador de ella y de su tierra, en la cual residía con su madre y mujer, y todos se ejercitaban en la guarda de la ley de Dios, nuestro Señor, sirviéndole muy de corazón como buenos y fieles cristianos. Uno de los gobernadores, grande amigo suyo, se partió a esta fortaleza con determinación de persuadirle obedeciese al rey como leal vasallo, y si no quisiese, ejecutar en él la misma justicia que en don Juan. Llegado que fue a la fortaleza, el gobernador se fue de noche, disimulado donde estaba don Simón y, entrando en su casa y saludándole amigable y cortésmente, comenzó a persuadirle con palabras muy tiernas y amorosas a que obedeciese al rey y, dejada la ley de Cristo, tornase a la antigua de sus antepasados porque con esto se libraría de la muerte y viviría en paz y quietud, recibiendo de su rey nuevas mercedes. Y que si esto no le agradase y se determinase de pasar adelante contra lo establecido por el edicto, que como tan amigo suyo le rogaba y pedía con todo encarecimiento que a lo menos se ausentase del reino de Fingo por que no le obligase a hacerlo, que en ninguna manera deseaba. Y que si temía las guardas que el rey tenía puestas y reparaba en que no podía llevar a su mujer consigo, que él le daba la palabra de ponerlos en salvo en el lugar y parte que él le señalase, y que esto hacía por servirle y por el amor grande que le tenía, por el cual le rogaba que no menospreciase sus ruegos, no diese lugar a que de fiel amigo sea volviese (por su pertinacia) en enemigo, quitándole la vida como tal.

Oyó don Simón este razonamiento con atención y, sin moverse con las dulces palabras y ofrecimientos de su amigo, ni menos turbarse con las amenazas del enemigo,

le respondió con gran paz y sosiego que él por cierto le agradecía sumamente el amor que le mostraba y el deseo que tenía de hacerle amistad, pero que supiese que por ningún caso había de salir de adonde estaba aunque supiese de cierto que le pudiese poner en salvo, y que también le hacía saber que estaba tan resuelto en esta determinación que, aunque le hiciesen rey de Fingo, no se movería de su propósito. El gobernador le replicó a esto y le dijo que por un amigo fiel, penas eternas aun se habían de pasar. A no ser contra la ley divina, dijo don Simón, que él pasaría cualquier pena por darle gusto, pero que en este caso por ninguna vía podía hacerlo. Viendo el gobernador que no aprovechaban palabras, prorrumpió en tiernísimas lágrimas y, sin poderle hablar más, se estuvo un gran rato llorando, ayudándole también don Simón, enternecido con el sentimiento tan extraño de su amigo que a una dura piedra ablandara, mas al cabo de un pedazo de tiempo que estuvieron así, el gobernador, sin despedirse de él, se volvió a su posada, admirado de la gran constancia de don Simón. Y pensando vencerla por medio de su madre doña Juana, le rogó que como tal procurase con su hijo que hiciese lo que él tanto le rogaba y deseaba, pero hallola tan constante como a su hijo. Viendo el gobernador cuán poco le aprovechaba lo que hacía, hizo llevar a don Simón a otra casa para en ella procurar pervertirle sin que su madre y mujer se lo estorbasen. Al tiempo que le llevaban, volvióse don Simón a su madre doña Juana y su mujer doña Inés, y les dijo: “Estad seguras, señoras, que por más que hagan y digan, no habrá mudarme, porque con la gracia de nuestro Señor estaré tan firme en mi propósito como una roca y no harán más mella en mí que en una dura piedra.” “Mucho huelgo, hijo dulcísimo, de oiros decir esto, dijo su madre, y que vuestra fe y religión sea tan firme y constante como la de San Pedro.”

Acudieron luego a la casa donde le llevaron algunos cristianos que habían apostatado y renegado la fe por el temor de las penas, pero el buen don Simón no hizo caso de ellos ni de sus palabras; antes los afeó y reprendió lo que habían hecho, exhortándolos a que se volviesen a la religión cristiana en la cual se habían de salvar, y no en la vana de sus dioses. Viendo el gobernador que tampoco este medio le salía como él deseaba, le mandó volver a su casa y, llegada la noche, le envió un recaudo haciéndole saber cómo estaba determinado de quitarle la vida si persistía en su obstinación. Alegrose don Simón sumamente con tan alegres nuevas y, entrándose luego en una pieza, hincándose de rodillas delante [de] una imagen del eccehomo, dio infinitas gracias a nuestro Señor por la merced que le hacía de que muriese por la confesión y guarda de su santa fe y religión cristiana, y esta fue la respuesta que envió al gobernador.

Cap. IV. De la dichosa muerte de don Simón y lo que hizo antes de ella, aparejándose con alegría para recibirla, y el consuelo de su madre y de su mujer, y cómo le ayudaban a ello.

Sabido por don Simón que había de morir, como queda dicho, habiendo dado las gracias a Dios, nuestro Señor, por esta misericordia tan grande que le hacía, se entró donde su madre y su mujer estaban, y sin turbación les dijo, con alegre semblante, la

determinación del gobernador en darle muerte. Oído esto por estas señoras, grandemente se alegraron así por la buena suerte de don Simón como también por estar ciertas que, muerto él, ellas también habían de padecer martirio, y con palabras de mucho consuelo y júbilo de sus almas dieron a entender exteriormente lo que interiormente sentía. Abrazábanse los unos a los otros, dándose la enhorabuena de tan dichosa suerte de la manera que si fueran convidados a grandes fiestas y banquetes o a bodas reales, y a la verdad no se engañaban, porque presto habían sus almas de gozar de las del cielo. Hizo luego don Simón traer los más ricos y preciosos vestidos que tenía para se los vestir, los cuales su madre perfumó y aderezó, y su mujer doña Inés se los ayudó a vestir. Y decía el buen don Simón que para salir limpio de esta vida, de alma y cuerpo, convenía hacer aquel acto. Hizo luego llamar a todos sus criados, hombres y mujeres, que tenía muchos, a los cuales no sin lágrimas dijo: “Vosotros me habéis servido mucho tiempo con fidelidad y amor, y no es menos según nuestra flaqueza humana, sino que os habré dado (como hombre miserable) muchos disgustos. Pídeos afectuosamente por amor de Jesucristo, nuestro Señor, que estando enclavado en la cruz por nuestros pecados perdonó a los que le crucificaban, que también me perdonéis a mí, y también os pido y os encargo mucho, que perseveréis hasta el fin en la fe y religión cristiana que tenéis recibida, porque es la verdadera, santa e inmaculada, en la cual os habéis de salvar, y no en la falsa de los camis y fotoques que los bonzos predicán. Con esto les iba dando a cada uno su presea, abrazándolos y despidiéndose de ellos, con lo cual era tan grande el sentimiento y ternura de todos que lloraban amargamente la muerte cercana de su señor y padre. Mas el buen caballero de Cristo, armado con la esperanza del premio eterno y fortificada su alma con el escudo de la fe, con grande ánimo y esfuerzo los esforzaba y les decía que estuviesen de buen ánimo, que su dichosa muerte en morir por Cristo no era para llorarse; antes para alegrarse y gozarse en el Señor con él. Acabado este tan tierno acto, se siguió otro no menos tierno y piadoso, porque doña Inés, su mujer, hincada de rodillas delante [de] su buen marido don Simón, le suplicó humildemente que por su mano le cortase los cabellos para que con esto ella quedase consolada y él fuese muy seguro que en lo mucho o poco que le quedaba de vida jamás se casaría ni mudaría el estado en que la dejaba. Enternecido don Simón con esto, le dijo que no había para qué hacerlo, que satisfecho estaba de su buen ánimo y del amor con que le amaba, paga equivalente al suyo. Pero su madre, importunándole que diese aquel gusto a su mujer, al fin lo vino a hacer no sin gran ternura y sentimiento de todos.

Acabado con esto, hizo luego llamar a tres cristianos que tienen por asunto ayudar a morir a los demás cristianos, los cuales se llamaban Miguel, Juan y Joaquín. Estaba ya allí el verdugo que le había de cortar la cabeza y delante de él y de los demás, dijo a estos cristianos: “No echáis de ver, hermanos míos, mi buena y dichosa suerte, pues que sin merecerlo yo me hace el Señor su mártir”. Llegose luego donde estaba su madre y su mujer, y tomándolas por las manos les dijo: “Esta es la última despedida para el

cielo. Voy delante, señoras, para mostraros el camino por donde, a imitación mía, habéis de caminar a la vida eterna de la gloria. Yo rogaré por vosotras a Dios, nuestro Señor, si me veo como creo delante [de] su divina majestad, como de su infinita misericordia lo espero, y le suplicaré os dé tan dichosa y feliz suerte en morir por su amor como a mí me la ha dado.” Apenas había dicho estas palabras, cuando entró un recaudo del gobernador en que mandaba quitarles a ellas también las vidas, con lo cual de nuevo todos se alegraron y regocijaron viendo cuán presto habían de seguir a don Simón, pero con esto se renovaron las lágrimas y sentimiento de los criados y demás gente que allí estaba.

Ordenose luego una procesión, caminando todos hacia una gran sala donde habían de cortar la cabeza a don Simón. Iban delante los tres cristianos arriba dichos: Miguel con una imagen del Salvador, Joaquín y Juan le iban acompañando con velas encendidas. Detrás de ellos venía don Simón, vestido de fiesta en medio de su santa madre y de su amada mujer, llevándolas por las manos. Detrás de él venía el soldado que le había de cortar la cabeza, juntamente con otros soldados de guarda, y los últimos de todos venían los criados de don Simón. En llegando a la sala se hincaron todos de rodillas delante [de] las imágenes del Salvador y eccehomo, dijeron en alta voz la confesión general y tres veces el paternóster y avemaría. Luego, por última despedida, dio don Simón a su madre un relicario que traía al cuello y el rosario a doña Inés, su mujer. Estaba allí presente un cristiano, su conocido, que había negado la fe y pidiéndole diese a él también alguna presea, le respondió: “Si tú te levantas, corres tu carrera como bueno y fiel cristiano, yo tengo una cuenta bendita metida en mi oreja: tómala yo muriendo.” Pidió al verdugo que le diese lugar para hacer un rato oración, y, habiéndosele concedido de buena gana, ésta acabada, él mismo dobló el cuello del sayo y, estando de rodillas, ofreció su cabeza al cuchillo, la cual luego le fue cortada con gran consuelo de su alma, que voló al cielo por medio de este dichoso martirio. Cayó la cabeza a la mano derecha donde estaba Joaquín, el cual la tomó en las manos y con gran devoción la puso sobre la suya en señal de veneración y reverencia. Viendo esto doña Juana y doña Inés, que estaban presentes [en] este espectáculo, no ya haciendo extremos y llorando, como otras mujeres suelen, mas con semblantes muy serenos y apacibles, llegándose a Joaquín, que tenía la cabeza en sus manos, pasando la suya por el rostro del difunto, dijo su madre: “Oh dichoso bienaventurado Simón, hijo mío dulcísimo, que tan gloriosamente has dado tu cabeza en servicio de tu Dios y Señor. Oh, cómo me alegro ahora de haberte parido con tanto dolor y criado con tanto trabajo, pues veo el alegre remate de tu vida y espero que gozas ya en la otra del premio del tu martirio. Y aunque pecadora y miserable, ofrezco a Dios, nuestro Señor, en sacrificio y hostia agradable, a Simón, mi único y amado hijo, al cual por espacio de tantos años crie y doctriné lo mejor que supe y pude.”

Luego llegó doña Inés aprisa adonde estaba la cabeza de su dulce Simón y, poniendo sus manos sobre ella, dijo: “Oh, dichosa cabeza; oh, dichoso y bienaventurado y mil veces dichoso Simón, que tan gloriosamente habéis triunfado de vuestros enemigos; con una muerte temporal, caduca y breve, ganaste la eterna, de que ya gozáis,

libre de las miserias y lazos de este mundo. Pídoos, amado y querido Simón, intercedáis por mí en el cielo, y supliquéis a la majestad de nuestro gran Dios y Señor, que me lleve juntamente con vos a gozar del premio que vos gozáis. No os olvidéis de mí ni de vuestra madre, dulcísimo Simón; alcanzadnos gracia para que corramos esta carrera y, libres de la mortalidad de nuestra flaca carne, acabemos en paz, siguiendo vuestras pisadas hasta que todos nos veamos en la eternidad.” Decían esto estas nobles y santas señoras con tanta devoción, ternura y sentimiento, y con tanta edificación, que todos los presentes quedaron espantados de su maravillosa constancia, enternecidos por otra parte, y derramando abundantes lágrimas de ver cosa tan extraña y nunca vista en pechos mujeriles. Ejecutose esta muerte dichosa en el dichoso Simón al amanecer entre las cuatro y las cinco de la mañana, a los nueve de diciembre del dicho año. Luego el soldado que la había cortado la cabeza, la tomó y llevó a un lugar público donde la puso junto a la de don Juan, su compañero en el martirio y en el premio, de que gozan. Pusieron asimismo la sentencia escrita a la usanza del Japón, junto [a] las cabezas, en que declaraban la causa de su dichosa y santa muerte.

Cap. V. De la devoción y ternura con que doña Juana y doña Inés se aparejaron para recibir la muerte, y cómo condenaron también a ella doña Magdalena con su hijo, y cómo se juntaron todas tres para recibirle.

Muerto don Simón tan dichosamente, su madre doña Juana y su mujer doña Inés, sabiendo que presto le habían de seguir y que el gobernador las mandaba crucificar, determinaron en lo restante que les quedaba de vida de gastarla aparejándose para el dicho tránsito que las aguardaba. Entráronse en una capilla donde tenían una imagen de Nuestra Señora muy devota y, puestas de rodilla delante de ella, se despidieron de esta santísima virgen con gran devoción y alegría de sus almas, encomendándose a ella con un afecto y ternura tan extraordinario y diciendo tales palabras delante de los tres cristianos que las ayudaban (como lo habían hecho con don Simón), que enternecían y edificaban a todos los que se hallaron presentes. Y tales cosas decían (como estos tres cristianos que se hallaron [en] su martirio después refirieron), que más parecía que algún ángel del cielo hablaba por sus bocas que no que hablaban ellas, de tal suerte que los mismos gentiles que allí estaban, admirados decían que la ley de los cristianos era la que llevaba y encaminaba a la salvación eterna de las almas. Tomó luego doña Inés un libro del martirio de los santos y, leyendo un capítulo de él, dióle Dios tanto ánimo y dijo tales y tantas cosas con el contento y esperanza que tenía de verse tan cercana a su martirio, que dijo después un cristiano que allí estaba que había dicho cosas maravillosas y tales que mal se podían referir. De esta manera, pues, se aparejaban estas santas mujeres, aguardando su dichosa muerte.

En el entretanto que esto pasaba, los gobernadores determinaron condenar a muerte de cruz a doña Magdalena, mujer del santo Juan, y juntamente a su hijo, niño inocente de siete años, la cual, sabida esta sentencia, la recibió con hacimiento de

gracias, dándolas al Señor que le hacía aquella tan señalada merced, que muriese por la confesión de su fe, y así se preparó para el martirio con grande ánimo y constancia. Sabido esto por los tres cristianos -Juan, Joaquín y Miguel-, estaban con mucho cuidado de doña Magdalena y, movidos de caridad, determinaron ir a visitarla y a consolarla, pero las guardas no les dieron lugar para ello, y así se volvieron y dijeron a doña Juana lo que pasaba, la cual envió luego un recado al gobernador, suplicándole que pues doña Magdalena había de morir aquel día junto con ellas, tuviese por bien de mandar que la trajesen a donde ella estaba con doña Inés para que todas tres saliesen juntas a la muerte. Concedioselo el gobernador como se lo pedía, y así la estaban aguardando con particular consuelo de verse y morir juntas por amor de Cristo, nuestro Señor.

En el entretanto que se acercaba la hora dichosa de su martirio, doña Juana y doña Inés hacían el oficio de predicadoras de nuestra santa fe a todos los gentiles que las visitaban, que no eran pocos, ni salían poco edificados de oírlas, admirados del ánimo y contento con que aguardaban la muerte, más deseosas de recibirla que el mismo tirano de dársela. Juntáronse todas sus criadas donde estas santas estaban y, despidiéndose de ellas con harto sentimiento y lágrimas de ellas mismas, les pidieron perdón de los disgustos que les habían dado, aconsejándolas y animándolas a perseverar constante y firmemente en la fe y religión cristiana que habían recibido. De rato en rato se hincaban de rodillas delante de un devoto crucifijo que tenían, dando gracias a nuestro Señor por la particular merced que les hacía de que ofreciesen sus vidas en sacrificio por la guarda de su santa fe. Últimamente se vinieron a despedir de la imagen de la santísima virgen, delante de la cual con particular devoción dijeron sus letanías y el psalmo de *Misere[re]mei Deus*. De esta manera se estaban aparejando para morir, mas viendo que la noche se acercaba y que doña Magdalena no venía, volvió doña Juana a enviar otro recado al gobernador pidiéndole lo mismo que al principio. Con lo cual, siendo ya de noche, vino la dichosa Magdalena trayendo delante de sí al niño Luis, su sobrino, al cual había prohijado, como se ha dicho. No se puede decir el gozo y regocijo con que se recibieron cuando se vieron todas tres juntas, dándose el parabién las unas a las otras con el mayor regocijo espiritual que se puede imaginar.

Llamaron luego al niño Luis y, abrazándole con gran ternura de corazón, le llamaban dichoso y bienaventurado, pues en tan tierna edad había de padecer la muerte, antes que supiese qué cosa era pecado, ni aunque fuese la misma muerte. Díjole su tía: “Hijo mío de mis entrañas: ahora es tiempo de animaros para morir por Cristo, nuestro Señor, que por medio de esta muerte corporal iremos presto a ver a vuestro padre y gozarnos con él. Por eso, mirad, hijo, que tengáis siempre en la boca y corazón el dulcísimo nombre de Jesús y de María.” A lo cual este angélico respondió: “[A]sí haré madre; perded cuidado de esto, que yo le tendré con lo que me mandáis hasta acabar la vida”, como en efecto lo cumplió hasta que en la cruz expiró, porque la tía le tenía ya bien instruido y enseñado cómo se había de haber en este trance, y le había enseñado a hacer muchos actos de fe.

Un día, en vida de don Juan, su padre, estando una noche él y su mujer, doña Magdalena, hablando con dos amigos suyos, dijo el niño: “Señora madre, por ningún caso tengo de poner el libro del bonzo sobre mi cabeza, aunque me maten”. Y diciéndole la tía: “Calla, hijo, que no te lo pondrán”, respondió el niño: “¿Pues había yo de consentirlo? No, no, nunca Dios tal quiera, madre; morir antes es mejor”. Era cosa maravillosa ver la afición que este niño tenía a las cosas de nuestra santa fe; tanto, que entre sueños durmiendo repetía las mismas palabras: tal era el afecto que nuestro Señor había infundido en el corazón y alma de esta tierna criatura suya.

Cap. VI. Cómo sacaron a esta santas para ajusticiarlas, y el aparejo con que se prepararon para sufrir el martirio por Cristo, nuestro Señor.

Para ejecutar en estas santas la muerte de cruz a que estaban por el gobernador condenadas, así por hacerlas honra como también por evitar el gran concurso de gente que había de concurrir a este espectáculo si se hiciera de día, dejó entrar bien la noche, y en el entretanto mandó a los verdugos a que aparejasen lo necesario y fuesen a prevenirlas que se aparejasen para el suplicio. Llegados los verdugos, les dijeron que ya era tiempo, que se vistiesen los vestidos con que habían de ser crucificadas y se aparejasen para ir al lugar donde se había de ejecutar esta sentencia, porque luego habían de salir. Visto por ellas, lo hicieron con grande alegría y regocijo. Pero esto no pudo ser tan secreto que no concurriesen a verlas muchos cristianos y gentiles, maravillados de su ánimo, a los cuales doña Juana hizo una plática con tan gran fervor de espíritu que los dejó a todos admirados, animando a los cristianos a la perseverancia de su santa ley, y a los gentiles a convertirse a ella, despreciando la vana gentilidad y superstición de sus falsos ídolos. Esto acabado, se pusieron todas tres de rodillas, dijeron la confesión, credo y salve, y pidiendo doña Juana más espacio de tiempo para hacer oración y encomendarse a nuestro Señor a los ministros del gobernador que allí estaban, y siéndoles por ellos concedido, dijeron todas tres las letanías y tres paternóster, y tres avemarías. Con lo cual las sacaron de su casa, acompañadas de los soldados y guarda del gobernador.

Usan ir las señoras del Japón cuando salen fuera de sus casas en hombros de hombres, y a esta causa el gobernador mandó que, por ser gente principal, las llevasen al lugar del suplicio en sus sillas, y así se hizo. Doña Magdalena y su tierno y amado hijo, y sobrino, iban en una silla, los cuales a coros iban cantando el dulce nombre de Jesús y de María. Doña Juana y doña Inés iban en sendas sillas, y con cada uno de los tres cristianos, Juan Joaquín y Miguel, animándolas al glorioso martirio que las aguardaba, pero ellas iban tan contentas y animosas que no trocaran su suerte dichosa por los tesoros y reinos del mundo. No se pudo encubrir este negocio como el gobernador había pensado, con la oscuridad de la noche y ser ya tarde, y así acudió innumerable gente que las acompañaba. Y de esta manera llegaron al lugar donde estaban aparejadas las cruces para crucificarlas en ellas, adonde asimismo había concurrido un gran número de gente, así cristianos

como gentiles, sin que las guardas lo pudiesen estorbar por más que lo procuraban. Y en particular acudió tan gran número de mujeres que todas las calles estaban llenas, las cuales se llegaban a estas santas mártires y a grandes voces se encomendaban a ellas y a sus oraciones. Iban delante los tres cristianos con las imágenes del eccehomo y del crucifijo, las cuales muchas veces se las daban a beber y a adorar, yendo por las calles en sus sillas, lo cual ellas hacían con particular devoción, ternura y reverencia.

Cap. VII. Cómo crucificaron a doña Juana, madre de don Simón, la primera, y de la constancia admirable con que murió.

Llegados, pues, al lugar del suplicio acompañadas con muchedumbre de cristianos que las seguían, las sacaron de sus sillas y, dándoles las imágenes de Cristo a besar, las mandaron aparejar para crucificarlas. La primera fue la valerosa doña Juana, madre de tal hijo, a la cual dijeron los alguaciles que se tendiese en la cruz. Ella respondió que no sabía el modo como se había de poner, pero que de cualquier manera era para ella particular regalo y señalada merced que nuestro Señor le hacía morir en la cruz, a su imitación, sin merecerlo. Pidió lugar a los alguaciles para orar y, siéndole concedido, dijo la confesión general y tres paternóster, y tres avemarías, lo cual acabado, les dijo: “Atento a los grandes dolores que mi señor Jesucristo padeció por mí, pecadora, en el árbol de la vivífica cruz, deseando cuanto en mí es imitarle, os pido que os hayáis conmigo muy cruelmente y que me apretéis fuertemente las manos y pies con los cordeles por que sea mi muerte más penosa, que en esto me haréis mucho placer”. El modo que usan los japones de crucificar no es con clavos, sino atando [a] los que crucifican con recios cordeles a la cruz los pies y las manos, y a esta causa esta santa pidió que la aprestasen fuertemente, de suerte que sintiese gran dolor. Hiciéronlo así los ministros, mas viendo ella que le apretaban mucho la garganta, les dijo: “Holgárame, hermanos, que la dejarais más holgada para poder más libremente rezar y encomendarme a mi Dios y Señor, invocando su dulcísimo nombre y el de María”. Llegose a ella Joaquín estando atada en la cruz, y dióle a beber un poco de agua bendita, con se alegró y alentó algún tanto. Luego la levantaron en alto, puesta en la cruz, a vista de los cielos y de los ángeles, y de una innumerable multitud de gente que allí se había juntado a este espectáculo, así de cristianos como de gentiles, a los cuales comenzó a predicar desde la cruz y a decir maravillas de la ley de Dios, con maravillosa fe y devoción, y al cabo les dijo así mismo: “Veis la luna y estrellas puestas en esta máquina admirable del cielo. Pues entended que espero en el Señor, que las crío de nada y conserva con su maravillosa providencia todas las cosas, que presto la tendré debajo de mis pies. Por tanto, los que sois gentiles, entended que no hay otra ley verdadera y santa en que os podáis salvar sino la de los cristianos, en la cual y por la cual yo de muy buena gana doy mi vida. Y vosotros, los que habéis renegado de la fe y apostatado de esta santa religión, volveos a levantar, que misericordioso es el Señor, que os recibirá otra vez. Y los que la tenéis entera, procurad fortaleceros y perfeccionaros en ella, y perseverad hasta la muerte para alcanzar la vida, y vida bien aventurada”. Estando aún diciendo esto y otras muchas

cosas de Dios, nuestro Señor, alabando y bendiciendo su santísimo nombre, le dieron una lanzada, pero el que se la dio no acertó a herirla por ser de noche, al cual ella dijo: “No acertáis derecho a alancearme”, y, diciendo “Jesús María”, le dieron la segunda por el lado izquierdo con tanta fuerza que salió el hierro de la lanza por encima del hombro derecho, con lo cual y con el dulcísimo nombre de Jesús y de María, expiró trocando esta miserable vida por la eterna, alabando [a] todos los cristianos y bendiciendo a Dios, nuestro Señor, que la había creado para tanta gloria suya, y dádole tanta constancia y firmeza en la fe para padecer por ella la muerte dicha.

Cap. VIII. De la muerte y martirio de doña Magdalena, y de su hijo.

La segunda que crucificaron fue doña Magdalena, con Luis, su tierno hijo, a la cual se llegó Miguel y le dijo si tenía algo de qué disponer, y ella le respondió que no tenía otra cosa más que una cuenta bendita de la emperatriz, la cual tenía en la boca, y que quería morir con ella, porque estiman en más los cristianos del Japón una cuenta bendita que ninguna joya, por preciosa que sea. Miguel se lo loó y le dijo que a la hora de su muerte nombrase muy a menudo el santo nombre de Jesús y de María, lo cual ella dijo así haría, que para eso la llevaba consigo, y adorando la imagen de Cristo, nuestro Señor, pidió a los verdugos espacio para orar y, dándosele, dijo la confesión general y tres veces el paternóster y el avemaría. Con lo cual la ataron a la cruz con tanta fuerza y crueldad que padeció graves dolores, dando gracias a nuestro Señor por ello, acordándose de los que Jesucristo, Señor nuestro, padeció por ella, enclavado en otra cruz más penosa y más cruel que la suya. Atada a la cruz de esta suerte la madre, llegaron al hijo Luis, que la estaba atentamente mirando, y llevándole a su cruz, para atarle en ella, le dijo uno de los que allí estaba, enternecido de ver la muerte que le habían de dar: “Hijo, ¿pues cómo no os turbáis viendo que habéis de morir en esa cruz?” Él respondió: “Ninguna turbación siento en mí; antes me alegro viendo que tengo de ser crucificado por amor de nuestro Señor, Jesucristo”. Y diciendo esto, le apretaron los verdugos mucho los cordeles, y sintiendo en sus tiernos brazos y pies gravísimos dolores, les dijo: “Pídoos que aflojéis un poco las cuerdas, que están muy apretadas”. Enterneciose el verdugo con estas palabras, y luego se las aflojó. Levantaron a los dos, madre e hijo, atados en sus cruces, y el niño estaba siempre mirando a su madre, y como tan bien enseñado, en diciendo ella “Jesús María”, Luis decía “Jesús María”. Y así la madre y el hijo estaban repitiendo como a chorros estos dulcísimos nombres de Jesús y de María. El primero a quien hirieron fue a Luis, viéndolo la madre, que es de creer que se enternecería y lo encomendaría al Señor de corazón, pero errándole también el golpe se llegó cerca de Miguel y le dijo que dijese “Jesús María”, y pronunciando estos nombres dulcísimos le dieron la segunda lanzada, que fue la mortal. Y sin mostrar dolor ni otro sufrimiento, estaba diciendo “Jesús María”, y hasta expirar no cesó de invocar estos admirables nombres, con lo cual aquella cándida alma voló a las moradas del cielo, adonde sería recibida de los ángeles y de toda la corte celestial.

Luego hirieron a la madre con otra lanza, la cual no cesaba de invocar los nombres de Jesús y de María, y porque la toca se le caía sobre los ojos, dijo a los verdugos: “Ay, ay, dulcísimo Jesús, que no veo el cielo”, y con grande alegría dio su espíritu al Señor.

Cap. IX. De la muerte de doña Inés, a la cual crucificaron la postrera, y de la alegría con que murió.

La postrera que crucificaron fue doña Inés, mujer del santo Simón, la cual en llegando al lugar del suplicio, sacándola de la silla, con mucha devoción y ternura dijo: “Cuando crucificaron a mi Señor, Jesucristo, él mismo llevó su cruz a cuestras, habiéndolo primero azotado cruelmente y coronado de espinas, pero a mí me han traído en silla, con mucha honra. Y aunque no fuera sino por esta misericordia y regalo, está muy puesto en razón que yo diese la vida, y mil si tuviera por su amor, pues primero murió él por mí con un amor inmenso, que muera por él”. Llegando a la cruz, se asentó sobre ella habiendo dicho las mismas oraciones que la demás, y viendo que los ministros no la ponían en la cruz, ella misma se tendió en ella, diciéndoles hiciesen su oficio. Mas con todo esto ninguno de ellos se atrevía a atarla en la cruz, y parecía que todos estaban pasmados y atónitos viendo el ánimo y devoción con que se ofrecían a la muerte ella y sus compañeras. Mas unos gentiles que estaban presentes, viendo que los ministros de justicia no acababan de llegar a crucificarla, ellos mismos la amarraron fuertemente y la levantaron en la cruz, y comenzaron a alancearla, dándole muchas y crueles heridas con una rabia y furor diabólico, con las cuales padecía graves dolores, aunque ella no daba muestras de los sentir; antes con maravillosa constancia y fortaleza invocaba el dulce nombre de Jesús y de María sin cesar. Y habiéndosele caído la toca sobre los ojos y diciendo como su compañera que no veía el cielo, expiró acabando el curso de su peregrinación dichosa y bienaventuradamente, yendo a gozar del premio y bienaventuranza eterna, digna de su glorioso martirio, que fue por el mes de diciembre, poco después del de su bienaventurado marido.

Muertas estas santas y bienaventuradas mártires de Cristo, el gobernador mandó que la causa de su muerte fuese puesta junto a ellas, escrita en unas tablas a la usanza del Japón, como se hizo. Pero la innumerable multitud de gente que se halló en este martirio, hasta los mismos gentiles, decían que aquellas muertes no era[n] cosa humana, sino crueldad y tiranía. Añadiendo, ahora se hecha bien de ver que la ley de los cristianos es la verdadera y por ella se alcanza la salvación de las almas. Con esto los cristianos que se hallaron presentes, que eran muchos, con ser tiempo de tanta persecución para ellos, mostraron su devoción y fervor, pues aunque les daban los ministros de justicia muchos golpes y empellones, no pudieron impedirles el llegar a las cruces y recoger la sangre de los mártires, recibéndola en lienzos, paños y aun papeles por su devoción, teniéndola y estimándola por preciosas reliquias, y algunos se ponían debajo de las cruces sobre sus vestidos; tanta era la devoción y piedad con que reverenciaban a estas santas

y bienaventuradas mártires, y muchos de ellos se deleitaban de ser bañados y rociados todos de esta sangre bendita; otros se abrazaban con las cruces; otros cortaban pedazos de las vestiduras con que fueron crucificadas estas santas.

Pero a la mañana siguiente los cristianos recogieron toda la tierra que estaba debajo [de] las cruces bañadas de sangre. Y aunque los ministros de justicia lo veían, no lo estorbaban; antes loando y engrandeciendo la piedad y devoción cristiana, decían admirados por una parte, y por otra edificados, cosa es esta maravillosa y que muestra bien el amor que los cristianos se tienen, y que su religión es santa, pía y buena. Que esto es propio de la virtud, que aun los que la aborrecen, la alaban y engrandecen, como estos gentiles hacían a la piedad de los cristianos.

Los tres cristianos, Juan, Miguel y Joaquín, cubrieron los rostros de las santas mártires haciendo que quedasen bien compuestos en sus cruces. Hecho esto, luego se fueron a la casa de don Simón para sepultar su santo cuerpo, pero no se lo consintieron los guardas, ni menos el gobernador quiso dar licencia para ello, por ventura por evitar el concurso de los cristianos a su sepultura, que a su parecer fuera confusión y vergüenza de los gentiles. Pero con todo esto se tuvo traza [de] cómo este santo cuerpo fuese honrado y sepultado en algún lugar decente, y así le depositaron en Nagasaqui, en la casa y colegio de la Compañía de Jesús, adonde se guarda con grande veneración.

Maravilloso es Dios en sus santos y hónralos en vida y en muerte, aunque el mundo, desconociéndolos, los desprecia y abate; pero cuanto más hay de esto, más los levanta Dios y engrandece sus cosas. La muerte de estos santos, a sus ojos y a los de los gentiles, parece ignominia y confusión, pero en los ojos de Dios es preciosa y admirable, como se vio en la de estos santos mártires. Porque los guardas que asistieron a su martirio y a la guarda de sus santos cuerpos, que eran veinte o treinta, referían, y era muy público en todos los de aquel lugar, que la noche que degollaron a don Simón, vieron una grande luz y resplandor que estaba sobre su casa, y también dicen algunas personas que vieron la propia luz y resplandor sobre las cruces de los santos mártires, en muriendo ellos, cosa es que piamente se puede creer. Pero como de estas apariciones y señales milagrosas no se ha podido hasta ahora tener bastante información, no se puede escribir con más certeza. Pero a Dios no es nada imposible, y más en cosas que es honra de sus santos, a quien se dé la gloria por todo. Amén.

Cap. X. De la conversión del soldado que martirizó a estos santos, y de la ocasión y motivo que a ello le movió.

Pasados algunos días después de la muerte de estos santos mártires, tocó nuestro Señor el corazón del soldado que los había martirizado, el cual vino de Xauxiro, donde estaba, a Nagasaqui, a pedir con mucha instancia el santo bautismo. Llamábase este soldado Nizaua, hombre bien nacido y bien inclinado, el cual por sus manos había

cortado la cabeza de don Simón, y como este soldado favoreció tanto a los mártires, dejándoles hacer todo el aparejo al tiempo de su muerte que ellos le pidieron, puédesse creer que estos santos, como tan agradecidos a esta buena obra, intercedieron por él en el cielo, y le alcanzaron de nuestro gran Señor luz y gracia para conocer la verdad de nuestra fe católica.

El principal motivo que tuvo este hombre, por donde se sintió movido a hacerse cristiano (según él después dijo al obispo), fue ver la gran constancia y alegría con que padecieron estos santos por la fe. Y sobre todo la constancia y firmeza de don Simón, y la lealtad y amor que para con su Dios tenía, dando de tan buena gana su vida, con grande valor y ánimo, por guardar su ley, como buen cristiano. Éste, pues, fue el motivo que tuvo para acabar de creer y persuadirse [de] que la ley de los cristianos era la verdadera y que debía estar fundada en sólidas y verdaderas razones; que si así no fuera, no hubiera don Simón perdido la vida, siendo hombre de tan buen entendimiento y tan discreto, ni dejado de hacer la voluntad y mandato del rey y lo que le rogaba el gobernador, siendo tan grande amigo suyo y deseando tanto salvarle la vida y no ejecutar en él el rigor del edicto.

Tocado con estas santas inspiraciones y movido con estos motivos, comenzó este mancebo Nizaua a oír los sermones del catecismo de los padres de la Compañía de Jesús, oyéndolo todo y poniendo diversas dudas, a que le satisficieran. Decía que ninguno se espantase de que fuese tan menudo en preguntar las causas de nuestra santa fe, porque como era ley por la cual los que la recibían eran obligados a morir por ella antes que dejarla (como él vio que lo había hecho don Simón), en buena razón cabía que antes de recibirla se enterase bien y tomase cumplida noticia de ella, como en efecto con su buen entendimiento la tomó, haciendo mucho concepto de los misterios de nuestra santa fe.

Habiendo, pues, recibido el santo bautismo con mucho aparejo y disposición, se retornó para Xauxiro, de donde había venido muy contento y satisfecho de lo que había hecho, y ha dado hasta ahora muestras de verdadero cristiano, de lo cual todos los demás, con el señor obispo, quedaron muy consolados y edificados, tomando la conversión de este mancebo por primicias del fruto que con la muerte de estos santos, y la gracia de Dios, nuestro Señor, se espera adelante coger de la conversión de otros muchos gentiles, y así mismo gran aumento de la cristiandad de este reino de Fingo por la intercesión de estos santos mártires, para mucha gloria y honra de Dios, nuestro Señor.

Sabía este mancebo de cierto que en Nagasaqui deseaba el señor obispo y los padres de la Compañía de Jesús tener los instrumentos con los cuales estos mártires fueron muertos. Y así, cuando vino de Xauxiro a bautizarse, trajo consigo el terciado o alfanje con que había cortado la cabeza a don Simón, el cual tenía ya en veneración como preciosa reliquia, y el mismo día que se bautizó lo dio al señor obispo yéndole a visitar y a tomar su santa bendición, ofreciéndosele por un rico presente, y el obispo lo recibió con mucha alegría por tal.

Cap. XI, y último. Cómo los cristianos dichos recogieron los cuerpos y santas reliquias de estos mártires, y los llevaron al Colegio de la Compañía de Jesús de Nagasaqui.

Mucho deseo tenía el señor obispo y los padres de la Compañía de Jesús de que las reliquias y cuerpos de estos santos mártires se recogiesen y guardasen en lugar decente para su consuelo, como primicias de la cristiandad de aquel reino de Fingo y prendas caras de hijos amantísimos, engendrados en Cristo, y criados y enseñados con la leche y doctrina del santo evangelio. Pero el rey, y los gobernadores en su nombre, tenía puertas guardas, las cuales con mucha vigilancia y cuidado velaban por que los cristianos no tomasen de las cruces los cuerpos de los cuatro mártires, con lo cual parecía cosa dificultosa haberlos a sus manos, pero con todo ello procuraron hacer todas las diligencias posibles por haber tesoro tan precioso.

Encomendaron, pues, este negocio y la ejecución de él a los tres cristianos -Juan, Miguel y Joaquín- que los habían acompañado y ayudado en su dichosa muerte, como queda dicho, los cuales hicieron cuatro cajas para los cuatro cuerpos, y en cada una pusieron el nombre del mártir por que no se trocasen, y no obstante la vigilancia y custodia que hacían las guardas del rey, ellos aguardaron todo el tiempo que les pareció necesario a que poco a poco se fuesen cayendo los cuerpos a pedazos de las cruces, y con gran secreto y cuidado iban cogiendo los huesos del suelo y echándolos en las cajas, teniendo gran cuenta de poner en cada una las reliquias del mártir cuyo nombre dentro de ellas estaba escrito.

De esta manera fueron recogiendo todas las reliquias de estos santos, sin quedar ninguna, y puestas en sus cajas con la mayor decencia y reverencia que les fue posible, las trajeron a Nagasaqui y las pusieron en la casa e iglesia de los padres de la Compañía de Jesús que allí residen, los cuales las recibieron con particular consuelo suyo, y las colocaron en parte decente, adonde estos santos cuerpos descansan en paz y las almas gozan del premio de sus trabajos en el cielo. Las dos cabezas de don Juan y don Simón no ha sido posible recobrarlas porque, habiendo entendido el rey el deseo grande que los cristianos tenían de haberlas para reverenciarlas y estimarlas como a reliquias de santos, mandó avisar a las guardas que estaban puestas que, so pena de riguroso castigo, no las dejasen tomar a los cristianos, mandando así mismo que las pusiesen en lugar más seguro. Con esta orden y la vigilancia de las guardas hasta ahora no ha sido posible recoger estas santas cabezas. Placerá a Dios que algún día sea servido que haya lugar de hacerlo, al cual sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos.

AMÉN

En Valladolid,
en casa de Andrés de Merchán,
año de 1606.